

EL MUNDO

Domingo, 25 de junio de 2006. Año XVIII. Número: 6.036.

MUNDO

UNA POLÉMICA CAPITALIDAD / El presente

La Bonn posmuro, una ciudad sin complejos

URSULA MORENO. Especial para EL MUNDO

UNA POLÉMICA CAPITALIDAD. Quince años después de devolver la capitalidad, Bonn ha superado el trauma del traslado y ha hecho las paces con su nueva identidad urbana. La que fuera capital de Alemania se ha convertido en una ciudad próspera con un reducido índice de desempleo y un amplio desarrollo social y comercial. En ello, sin embargo, han tenido mucho que ver la conservación de cinco de los 19 ministerios que componen el Gobierno y la 'hoja de ruta' de compensación por la pérdida de la capitalidad germana. Muchos ciudadanos, además, recuerdan con nostalgia los tiempos de los grandes eventos políticos, las representaciones diplomáticas y regionales y el ir y venir de los periodistas por la que un día fue la capital.

BONN. - Han pasado 15 años desde aquel día negro para Bonn. El 20 de junio de 1991 el Parlamento alemán decidía por una mayoría exigua de 17 votos trasladar la capital a Berlín. Para aquella apacible aldea a orillas del Rin, capital germano-occidental durante casi cinco décadas, se abría un vacío bajo los pies. Sus apenas 300.000 ciudadanos, impregnados de la vida política e internacional, habían confiado hasta el último minuto en un milagro. Aquella decisión parlamentaria sonaba a sentencia de muerte para Bonn, que tendría que despedirse del Parlamento, sedes diplomáticas, representaciones regionales, periodistas... en suma, decir adiós a 22.000 puestos de trabajo.

«Se nos hizo un nudo en la garganta cuando vimos cómo partían los camiones de mudanza», recuerda conmovida Marie Louise, que a sus 66 años no recuerda otra Bonn que la de Konrad Adenauer, el primer canciller de la posguerra. El entonces alcalde de Colonia marcó los destinos de la vecina y provinciana Bonn.

«Disfrutamos el tiempo de las vacas gordas, aunque siempre supimos que era provisional», apunta su marido, Alfred Laubersheimer. Este profesor jubilado de 71 años, que de joven hizo campaña para el democristiano artífice del milagro económico alemán, añora aquel ambiente de euforia política. Este matrimonio, que encarna la República de Bonn, echa en falta el glamour de las fiestas diplomáticas, de las representaciones regionales (cada uno de los 16 Länder tenía su sede en la ex capital), y las boutiques exclusivas que antaño cubrían el casco antiguo de su burguesa ciudad.

Quince años después Bonn es otra. Ha dejado de ser escenario de manifestaciones políticas y su casco urbano es intercambiable con el de cualquier otra ciudad alemana. No obstante, este oasis renano de tranquilidad no ha caído en un agujero negro, como temían muchos, ni es un ejemplo de viva decadencia. Al contrario; Bonn se ha convertido en una de las ciudades de servicios, con uno de los niveles de vida más altos y una de las tasas de desempleo más bajas del país, menos del 9%. La llegada de grandes consorcios como la Telekom, que hoy día emplea a 11.000 personas, y Deutsche Post, ha atraído a jóvenes informáticos e ingenieros de todo el mundo.

Eminentemente católica, Bonn es un paraíso familiar, con una tasa de natalidad por encima de la media y una excelente oferta educativa. Los mejores colegios y una prestigiosa universidad con 35.000 estudiantes dan vida a la ciudad. Y a los diplomáticos no parecen echarlos de menos. «Con ellos se fue el olor a naftalina y entró un poco de aire fresco», explica Jürgen Kausch, que hace 30 años que viene escuchando de todo en su taxi. Pero sobre todo la nueva generación, como la bióloga Francis Hugenholtz, coincide en que «la ciudad ha rejuvenecido».

Y eso que los funcionarios abundan. De hecho, la vieja capital sigue superando en burócratas a Berlín. Aunque los cargos de mando en su mayoría se han marchado a la capital, son cinco ministerios los que mantienen dependencias a orillas del Rin. El talante batallador de políticos locales como la alcaldesa Bärbel Diekmann dio como fruto la Ley Berlín-Bonn de 1994, una hoja de ruta para «garantizar un reparto justo y a largo plazo de competencias entre la capital Berlín y Bonn».

Con el fin de compensar las consecuencias del éxodo hacia la metrópoli berlinesa, se decidió no sólo retener cinco de los 16 ministerios, sino además trasladar instituciones dispersas por Alemania hasta Bonn. Es el caso del Tribunal de Cuentas o las autoridades antimonopolio, que hicieron el camino a la inversa. Algunas carteras, como Defensa o Educación, conservan la mayor parte de sus dependencias en la ciudad renana. Y lo que es más importante, Bonn recibió una generosa ayuda de 1.430 millones de euros, a lo largo de 10 años, para acometer con éxito la reestructuración de la región. Centro cultural y científico, Bonn cuenta con una fantástica infraestructura de comunicaciones, y está estratégicamente situada entre grandes ciudades como Colonia o Düsseldorf.

Cuando el Gobierno alemán y el Land de Renania del Norte-Westfalia cerraron el grifo hace dos años, Bonn podía presumir ya de ser un global player, una ciudad de servicios con proyección internacional que se mira en Estrasburgo o Ginebra. De hecho, con Bruselas a dos horas y media de distancia en tren, Bonn ha seguido orientándose más hacia la Vieja Europa, mientras Berlín lo hacía también hacia Praga o Varsovia.

La capital de la Alemania reunificada, a 640 kilómetros de distancia, ha llevado su propio desarrollo. Ni es más nacionalista ni centralista de lo que era Bonn. Y tampoco se ha desvelado como la autoritaria capital prusiana, símbolo del Tercer Reich. De hecho, y por mucho que les pese en Bonn, la realidad es que cada vez se toman más decisiones en Berlín. «Hay un proceso de traslado lento, encubierto, pero que es una realidad», explica Kornelia Haugg, del Ministerio de Educación y Ciencia. «La política se hace en Berlín, donde están los grupos de presión y la prensa, por mucho que nos duela», continúa.

El corazón de esta bávara de 46 años está claramente dividido. Su despacho de la Friedrichstrasse no podía tener una vista más berlinesa. Enfrente tiene el Tacheles, cuya fachada está revestida de pintadas. Valora lo asequible que es Bonn, «donde los desplazamientos son más cortos y llego en bici a todas partes». Aunque adora la vida cultural berlinesa, «con una oferta interminable, y pese a ser una capital, mucho más tranquila que Londres o París».

Como tantos otros funcionarios vive a caballo entre ambas ciudades. Al menos dos noches por semana las pasa en Berlín. ¿Que cómo hace para organizarse el trabajo? El portátil, donde lleva todos los datos, sus dos secretarías, y las videoconferencias facilitan el trabajo. «Pero falta el contacto personal, es prácticamente imposible reunir a mi departamento al completo». ¿Que si tiene sentido un ministerio dividido entre dos ciudades? «Yo me decidiría por Berlín, pero admito también que el sistema de reparto funciona y responde a la vocación federal del país».

Para evitar la sensación de vivir pendiente de una maleta, esta dinámica funcionaria mantiene una vivienda modesta en ambas ciudades. Lo hace por voluntad propia, ya que el Estado financia viajes y pernoctaciones de los funcionarios que trabajan entre Bonn y Berlín. Una broma que cuesta 10 millones de euros al año. Cuando se dio por concluido el traslado, hace cinco años, el Tribunal de Cuentas hizo balance: la mudanza había costado al erario público 10.000 millones de euros. Pero un traslado definitivo resultaría mucho más caro que mantener el statu quo. Habría que sumarle otros 5.000 millones de euros, explica el Tribunal de Cuentas, para tranquilidad de los defensores de Bonn.

La madre de todas las mudanzas tardó en finiquitarse una década desde la caída del Muro, aquel noviembre de 1989. Diez años decisivos para que Bonn se hiciera a la idea del éxodo y preparara el terreno. Quedan nostálgicos, pero en general el renano está orgulloso de sus paisajes, de su calidad de vida y de lo conseguido durante los últimos 15 años. Aunque los salarios han caído, la ciudad ha crecido, ha creado más empleo y las mansiones de Bad Godesberg, el barrio residencial habitado antaño por los diplomáticos, alberga hoy a directivos de las empresas de telecomunicaciones o institutos científicos que han encontrado su camino hasta Bonn.

Es el antiguo barrio gubernamental, que se extiende entre el centro de la ciudad y Bad Godesberg, el que provoca una cierta desazón. Algunos edificios, como el antiguo centro de prensa, están rodeados de maleza. Calles que llevan por nombre a políticos ilustres como Willy Brandt, Adenauer o Winston Churchill conforman este perímetro que parece un parque temático. Pequeños paneles, en inglés y alemán, explican la función que desempeñaban los edificios, algunos de los cuales han encontrado nuevos inquilinos. Como organizaciones de ayuda al desarrollo o la Deutsche Welle, la radio alemana para el exterior, que hace tres años se mudó de la vecina Colonia.

El metro Telekom Express nos devuelve a la realidad, dominada por los 40 pisos del Post Tower, un coloso de cristal y acero que ahora domina el viejo recinto gubernamental. Son los dos antiguos consorcios públicos, que ahora cotizan en el DAX, los que dieron el impulso decisivo a Bonn. «De ser una ciudad provinciana ha pasado a ser más urbana», explica Klaus Palmer, hijo de funcionarios del Ministerio de Exteriores, que hace 20 años que volvió a la ciudad en la que creció. Su balance del cambio por lo demás no es muy positivo. En Bad Godesberg, donde vive, «cada segundo comercio ahora está en manos árabes y el ambiente es menos internacional», explica. No obstante, los problemas de Bonn son hoy los mismos que los de otra ciudad alemana y la idílica aldea federal hace tiempo que ha hecho las paces con su nueva identidad.

El último reducto de la decadencia

Preguntar a alguien por el camino en la Konrad Adenauer Allee, a la altura de Villa Hammerschmidt, antaño la residencia del 'número uno' de la República Federal, el presidente, es misión casi imposible.

Resulta difícil imaginar que por este portalón entraban y salían a diario Theodor Heuss, Gustav Heinemann o Richard von Weizsäcker. A algunos metros de ahí el Palacio de Schaumburg fue lugar de trabajo de cancilleres como Konrad Adenauer, Helmut Schmidt o Willy Brandt.

La soledad de esta amplia avenida a las siete de la tarde de un cálido día de junio es la viva imagen de la estampida. Hasta que llegas al número 70 de la Konrad Adenauer y viajas al pasado.

En el Bonner Republik los relojes no han marcado más horas desde que los diputados venían a comer aquí a mediodía. El olor impregnado de hace dos décadas, pero sobre todo la decoración de las paredes, recuerdan más a un museo que a un restaurante de batalla, que es lo que siempre quiso ser.

«Aquí sigue viniendo a almorzar el ex canciller, Helmut Kohl, porque sabe que no hay periodistas y que puede comer tranquilo», cuenta la camarera. Claro, también la camarilla de periodistas emprendió la marcha a Berlín. Pero las fotos de la ristra de presidentes a un lado y de los cancilleres al otro, dan una idea del trajín que aquí debía reinar. Y sobre todo del orgullo que sentían sus propietarios por tan insigne clientela.

«Una de reunificación alemana», grita a la cocina, lo que viene a ser una sopa de patata con tocino. «Referéndum final» es un rico pastel de manzana regado con salsa de vainilla caliente. Menos del gusto de Kohl debe ser «Erich Honecker», que según explicita este entretenido menú, es poco más que un vaso de agua acompañado de una rebanada de pan.

Hace cuatro años que el local cambió de propietario, pero sigue vendiendo la tradición, el recuerdo apolillado de un pasado glorioso.

«Todavía hoy vienen a comer los funcionarios del Tribunal de Cuentas o del Ministerio de Medio Ambiente, que están aquí cerca, y los jóvenes cristianodemócratas o los Verdes mantienen aquí sus encuentros semanales», cuenta la joven camarera. Seguro que la cerveza ligera de la vecina Colonia, el 'Kölsch', sigue fluyendo a mares... pero el Bonner Republik vive sin duda de los fantasmas del pasado.

Los funcionarios que hoy vienen aquí son de segunda, mientras las imágenes cada vez más atornasoladas que nos devuelven sus paredes recuerdan a las glorias que, mejor o peor, han sobrevivido al pasado.

© Mundinteractivos, S.A.